

## FRANCIA Y SU VERBO DE ORO

Por NARCISO GARAY

La fecha en que esta velada se lleva a cabo, el carácter de la entidad que la ha organizado, los grandes hechos que está llamada a rememorar, el recinto oficial que la alberga, y hasta la composición de la concurrencia que a ella asiste, pregonando están su índole eminentemente internacional.

Por eso, y porque hasta hace poco tuve la honra de representar oficialmente a mi patria ante el Presidente de la República Francesa, me consideré obligado desde el primer momento a aceptar el cometido con que me distinguió el Comité France-Amérique de Panamá al designarme para llevar la palabra en esta ocasión y constituírme una vez más en intérprete de la tradicional amistad franco-panameña.

No me hago ilusiones acerca del desempeño de mi mandato, ni soy tan ingénuo para estimarme capaz de decir cosas nuevas respecto de un país como Francia, del cual tanto se ha hablado y escrito en todas partes.

Que su historia llena el mundo con la gloria de sus acciones; que su influencia penetra todavía hasta los rincones más aparta-

dos del territorio nacional, como pronto tendremos ocasión de evidenciarlo en el curso de esta oración; que sus artes, su ciencia y su literatura llegan a nosotros como las irradiaciones de la luz solar, creando en torno suyo una cálida atmósfera de vida moral, de simpatía intelectual que vivifica el espíritu y conforta el corazón. . . ¿Cuántas veces hemos escuchado estas mismas verdades dichas en todos los tonos y bajo las formas más variadas?

Al introducir en esta disertación el elemento personal y subjetivo, no puedo menos que acusarme de inconsecuente para con los ideales de impersonalidad y objetivismo a que obedecen el gusto literario y las características mentales del espíritu francés; pero, a la verdad, sólo un recurso desesperado como ése es susceptible, en un predicamento para mí tan difícil como el presente, de franquearme una puerta de salvación y defenderme a la vez contra los lugares comunes y las repeticiones a que por fuerza conducen los trajinados temas dentro de los cuales tengo necesariamente que desenvolverme. Y si por diplomático retirado aparezco en esta tribuna, según lo declararé desde el principio, por profesor de lengua francesa en la enseñanza oficial, me siento arrastrado a convertir mi propia asignatura en tema o asunto de mis palabras de esta noche.

De que franceses y españoles tienen un origen latino común, suele tomarse pie para poner de relieve, exagerándolas, las afinidades naturales de los dos pueblos. Perdóneseme que me aparte deliberadamente de esa tendencia general para buscar, por el contrario, en la diversidad y divergencia de los caracteres nacionales, la razón de ser y la conveniencia de contactos más estrechos entre ellos.

En la etapa de interdependencia que ha alcanzado la evolución de la vida internacional, las unidades que la constituyen: naciones, pueblos, razas, se deben entre sí prestaciones útiles y recíprocas en el orden material y en el espiritual. El intercambio en ambos órdenes requiere, para ser fecundo, que pidamos a nuestros asociados no lo que ya poseemos sino lo que nos hace falta; lo que complementa o enriquece nuestra personalidad y nuestro haber, de preferencia a aquello que constituiría para no-

sotros una redundancia quizá perjudicial.

Quien dice lengua o literatura, dice también espíritu, estructura intelectual o moral, y así considerado, el punto de vista en el cual me coloco, modesto y restringido en apariencia, puede muy bien traer a nuestra contemplación el panorama dilatado y majestuoso de toda la vida psíquica de una nación.

Sin ir más adelante, aquí comenzamos ya a tocar con el dedo los puntos de divergencia que se observan en nuestros respectivos planos intelectuales: personal y subjetivo el nuestro, objetivo e impersonal el francés. Del contacto de esa y otras tendencias discrepantes, pueden dimanar grandes beneficios recíprocos, uno de los cuales sería sin duda el muy importante de acostumbrarnos a encarar los problemas de la vida bajo un concepto distinto del que determinan en nosotros los impulsos ancestrales y las influencias del medio.

Las lenguas son la obra viva de los pueblos que las hablan y las propagan. Para quien sabe leer a través de sus evoluciones orgánicas, ellas llevan en sí mismas las huellas de las grandes efemérides nacionales. En sus acentos chocan todavía, suavizados por el tiempo, los antagonismos de las razas que concurrieron a formarlas. Son al alma de los pueblos lo que es el cráneo a las circunvoluciones cerebrales: el molde externo, el envoltorio de la conformación espiritual.

No se puede hablar de una lengua sin considerar en primer término al pueblo que la creó, sin estudiar los momentos de la historia que determinaron el porvenir de ese pueblo sobre la tierra, sin situarlo en el medio territorial que fue teatro y asiento de su formación y crecimiento.

Evoquemos pues, por unos instantes, el cuadro de la nación francesa en los momentos de la historia en que se jugaba la suerte de su idioma y su propia suerte como nación.

Tres influencias esenciales concurren en épocas distintas a formar la nación francesa y su lengua: la de Grecia, la de Roma y la de los bárbaros del Norte, entre los cuales predominan los Francos. De esas tres influencias una fue puramente espiritual: la civilización griega; las otras dos fueron impuestas con el filo de

la espada: la dominación romana y la de las hordas germánicas. Todas ellas se ejercieron en torno de un pueblo y un dialecto de origen céltico que aparecen como base o fondo permanente de una larga serie de migraciones, infiltraciones, acciones y reacciones.

Mucho antes de la conquista romana de las Galias, fue fundada Marsella por griegos de Focia y siguió siendo colonia griega por espacio de seis siglos. Pero no fue Marsella el intersticio por donde pudo introducirse al suelo de los galos la luz de la civilización helénica. Fue la espada de César la que —según Demogeot— “abrió el surco donde germinaron las ideas de los griegos”. Los galos tenían su idioma autóctono que se habla todavía en Irlanda, en Escocia, en el país de Gales y en la Bretaña francesa o antigua Armórica, donde resistió a las ofensivas lingüísticas de las invasiones germánicas. Si, pues, el galo daba de sí tan vigorosos signos de vida en el siglo VI, era porque ya varios siglos antes había hecho sus pruebas de resistencia contra el latín, la lengua de los conquistadores romanos que no logró desalojarlo de las Galias, a pesar de que junto con la lengua del Lacio, las legiones de César introdujeron la lengua y las ideas de Grecia, madre y modelo de la latina.

El idioma de todas las Galias no pudo, como el galo de la región armoricana, salir incólume de su convivencia con el latín, es decir, con el bajo latín de los legionarios; y de ese comercio que más tarde vinieron a complicar las irrupciones de los borgoñones, visigodos, ostrogodos, francos y otros bárbaros de hablar tosco, cargado de consonantes y de sonoridades ásperas, se formó un conglomerado verbal, informe y grosero, que incorporaba los aportes ideológicos y fonéticos conjugados de las tres naciones tributarias: Galia, Roma, Germania.

Ni el galo ni el tudesco representaban civilizaciones capaces de enfrentarse a la romana y, desde luego, sufrieron la preponderancia del latín en el proceso evolutivo del romance francés. Sin embargo, de la pugna lingüística que libraron esas tres civilizaciones desiguales, conserva el francés de nuestros días cicatrices indelebles. El artículo prevalece sobre las desinencias de las decli-

naciones, los auxiliares toman el lugar de los tiempos, las preposiciones el de las inflexiones, y el latín, aunque preponderante en la lid, entra en un proceso de simplificación, de laminación, que lo reduce a sus elementos esquemáticos y lo transforma de sintético en analítico, de rico en pobre, de noble en plebeyo.

Tal era el romance francés cuando subió al trono de Francia Carlo Magno, el penúltimo de los reyes francos. Desde entonces comienza a empeñarse el espíritu de la nación en la empresa formidable de forjarse un instrumento de expresión capaz de disputar su primacía al latín clásico, órgano entonces de la literatura oficial, filosófica y científica, así como de las comunicaciones internacionales. Muchos siglos duró esa obra de paciente depuración: muchos siglos durante los cuales la nación entera trabajó sin descanso “para hacerse comprender”, según la expresión de Brunetierre. Con tenacidad admirable, los juglares en sus cantos de gesta, en sus epopeyas y romanceros; los trovadores en sus rondeles, pastorales y misterios, Villon en sus brotes líricos, Clément Marot en sus Salmos. Rabelais en Pantagruel y Gargantúa, Ronsard en las Odas, Du Bellay en sus versos y en su “Defensa e ilustración de la lengua francesa”, Henri Estienne en su “Preexcelencia del lenguaje francés”, Montaigne en sus Ensayos, Malherbe en su reforma del habla literaria, Descartes en su “Discurso sobre el Método”, y tantos otros que sería largo enumerar, rivalizaron en celo y esfuerzos para fijar, pulimentar y llevar al último grado de perfección la lengua con que Corneille, Racine y Molière debían ilustrar el reinado de Luis XVI y el siglo de oro de la literatura francesa.

El pleno desarrollo del romance francés fue posterior al del romance italiano y el español. En Italia, el dialecto toscano se había elevado desde el siglo XIII a la condición de lengua literaria perfecta, gracias al genio del Dante. En España, el dialecto de Castilla perfeccionaba su evolución con Fray Luis, Cervantes y Lope de Vega. En las tres naciones latinas, la lengua del Lacio cedía sucesivamente el puesto a la lengua romance y pasaba a la categoría de lengua eclesiástica y de lengua muerta. Pero el francés, después de haberse capacitado para interpretar en sus

más fugaces lineamientos el pensamiento de la nación, iba a desempeñar en breve una función de la mayor trascendencia sirviendo de intérprete al pensamiento internacional y convirtiéndose al cabo en la lengua diplomática del universo.

Antes de examinar esa nueva vocación de la lengua francesa, parece oportuno analizar en forma sumaria los efectos que podríamos derivar nosotros, los hijos de Panamá, de un comercio frecuente con esa lengua y su literatura. Me refiero por ahora a la influencia que ellas podrían ejercer dentro de nuestras fronteras y desde nuestro punto de vista puramente nacional.

La lengua francesa es en sí misma un elemento de cultura inestimable para cualquier individuo en cualquiera latitud. Decir de ella que brilla por su claridad, por su precisión y su estabilidad, es enunciar otros tantos axiomas que están en la conciencia de todos. Su tendencia característica al orden, a la proporción, al racionalismo, a la universalidad, no existen en la lengua *per se*, sino como reflejo de cualidades propias de la nación que las respalda. Por la lengua ahondamos en la psicología particular del pueblo que le dió vida. El conocimiento que por ella adquirimos de los distintivos esenciales de aquel pueblo, pasa de su condición primera, meramente pasiva y contemplativa, a determinar en el sujeto reacciones dinámicas vigorosas, tanto en el orden moral como en el intelectual y social. En suma, es una disciplina apta para estimular las actividades mentales de nuestra juventud. Como la nación de que es oriunda y la literatura que la ilustra y glorifica, la lengua francesa es cátedra abierta de altas virtudes humanas. Su desconocimiento priva al individuo de puros e intensos goces espirituales; su desaparición restaría a la civilización humana uno de sus monumentos más acabados y trascendentales.

Del francés puede decirse, como Taine del Arte, que es superior y popular a la vez. En los espíritus cultivados afina el instinto de la proporción, el amor a la sobriedad y al aticismo, tan necesarios y saludables en las expansiones un poco exuberantes del temperamento meridional. En cuanto a los espíritus inferiores, a la masa, ningún idioma ha logrado, como el francés, ponerse al

nivel de las inteligencias más humildes, traducir al lenguaje sencillo de la conversación las más altas generalizaciones de la filosofía y de la ciencia; ninguno ha sabido, como él, divulgar los tesoros ocultos del pensamiento y del saber, sin cansar los espíritus con el peso de la erudición ni engendrar repulsión por el uso de tecnicismos antiestéticos y pedantes.

Si nuestro pueblo meridional, hijo del trópico por añadidura, impulsivo e irreflexivo por naturaleza, pudiera adquirir a la larga ese dominio consciente y sereno de las pasiones, esa supremacía del raciocinio que es rasgo distintivo de las razas intelectuales, en particular de la francesa, ¿cómo no habríamos de calificar de benéficos y fecundos los resultados de ese intercambio espiritual?

Si nuestra imprevisión, nuestra negligencia y esa ligereza típica con que resolvemos a última hora los problemas más importantes de la vida pública y privada, pudieran hacer su examen de conciencia y compararse a diario con el hábito mental francés de preverlo todo con exageración, de tomarle la delantera a las probabilidades, de organizar desde temprano los elementos de la acción en espera de eventualidades siempre presentes al espíritu ¿serían acaso despreciables los resultados de esta comparación?

Los que hemos leído a Nietzsche, aunque sólo haya sido en traducción, nos hemos percatado de su fina ironía contra quienes colocan la "petite raison" por encima de todo. Esa crítica enderezada como una saeta contra el racionalismo francés que tuvo en Descartes su más elevada expresión, se explica fácilmente en los exponentes de culturas que no descansan exclusivamente, como la francesa, en el predominio de la razón. Otros factores, otras fuerzas anímicas, ocupan en el concepto germánico de la vida un lugar tan importante como los elementos de la inteligencia pura. Pero esas manifestaciones que pudiéramos llamar de ascetismo mental, esa tendencia austera a la abstracción, esa aplicación de los métodos simplificadores del álgebra a los fenómenos de la lingüística, de que es ejemplo vivo la evolución histórica del francés, no puede dejar de obrar en nosotros edificantes efectos.

He aquí una nación que ha venido despojándose por siglos de los elementos concretos y pintorescos de la lengua, descartando voluntariamente la **morbidezza** y el colorido, lo efímero y lo seductor, para contraerse, en cambio, al desarrollo de su poder analítico, racional y dialéctico, hasta alcanzar la perfección humana en materia de definición no figurada del pensamiento. ¿No es ése un pueblo admirable que construye para la eternidad con materiales eternos? ¿No parece como si asistiéramos con él a la celebración de ritos sagrados ofrecidos por la comunidad de los fieles en los altares de la diosa Razón?. No procede esa aspiración colectiva de una ideología profundamente religiosa más bien que de principios estéticos o de fenómenos lingüísticos?.

La demostración objetiva de la verdad general, el sacrificio deliberado de lo particular y subjetivo, de la fantasía y la ambigüedad, del lirismo y la efusión, dieron a la literatura francesa su claridad, universalidad, y precisión peculiares. Para ella, la nobleza del estilo reside en la calidad de la idea, y el trabajo más fecundo desde el punto de vista de la forma literaria, es el trabajo del pensamiento mismo. La expresión propia y directa, que le es característica, se ingenia para colocar el pensamiento en su verdadera luz. Así, a fuerza de sobriedad, de perseverancia, de eliminación de lo supérfluo y lo precario, la lengua francesa, después de un esfuerzo secular, alcanzó sus dos objetivos supremos: realizar la belleza de la forma y expresar la verdad de las cosas.

Fue tan impesonal y universal como a una literatura le es dado aspirar y de esa condición recibió todo el beneficio a la par que el detrimento. Fundada en el concepto de orden, proporción y medida en que se recrea el espíritu latino, heredero del instinto de la armonía helénica, la literatura francesa no cuenta quizás con genios tan colosales, tan fuera de la medida común, tan desorbitados como otras literaturas europeas; pero a esa inferioridad relativa, a esa excelsa medianía, empleando la palabra medianía en su sentido superior, se debe que sus autores hayan sido los más universalmente populares, los más admirados y los mejor comprendidos.

Observemos ahora cómo la lengua francesa, después de haber



sido objeto de ruda y severa disciplina en su formación interna, sometida como ninguna otra a un régimen de refinamiento, aristocracia y exclusivismo, a la sombra del cual alcanzó su espléndida madurez actual, sigue en su desarrollo externo y en sus métodos de propagación una tendencia distinta y casi contraria. Democrática y expansiva esta vez, busca al pueblo, se confunde con él, se adapta al nivel de su inteligencia, y asimila en su literatura la agilidad, la viveza y hasta los giros de la conversación corriente. Pero la paradoja no es más que aparente. En el fondo, los dos fenómenos proceden de una fuente común: el instinto de sociabilidad, tradicional en la nación francesa.

La lengua, símbolo del pensamiento nacional, no habría respondido fielmente a la función para que fue creada, si no hubiera sido forjada a golpes de cíclope en material precioso y resistente, como la moneda, símbolo de la riqueza nacional. Pero una vez forjado el instrumento, surge un nuevo problema que cambia radicalmente la faz de la cuestión: el de la circulación de esa riqueza. Ambas cosas, lengua y moneda, deben hacer penetrar entonces con la mayor profusión posible y hasta el corazón del país: el lenguaje, la riqueza espiritual; la moneda, la riqueza material.

La popularidad universal de la literatura francesa no es cosa de nuestros días. Sus trovadores y rapsodas conquistaron el mundo, desde antes del año mil, con los acentos de la Canción de Rolando, uno de los Doce Pares legendarios de Carlo Magno y el héroe del más antiguo poema épico en lengua francesa. Esos acentos repercutieron hondamente en toda Europa, y los menestrales y juglares de Italia, España, Alemania, Escandinavia e Islandia, se inspiraron copiosamente en aquellos relatos heroicos.

En nuestra tierra americana, la gesta carlovingia no ha perdido todavía, después de un largo milenio, su poder fascinador sobre las poblaciones rurales, alimentando la inspiración de los cantores primitivos.

Abro el "Cancionero de Antioquia" que un año antes de morir me dedicara mi viejo amigo y colega el doctor Antonio José Restrepo —gloria literaria, política y jurídica de su patria a cuya memoria me complazco en rendir aquí un homenaje de recuerdo

y veneración— y en el prólogo de la obra leo un comentario y una redondilla que dicen:

“Yo oía en mi niñez a trovadores de las montañas del Barroso cantar con el tono de caña, en caneyes de aquellas selvas primitivas, el siguiente cuarteto, glosado en cuatro décimas primorosas, que derivaban sin dudan de la Gesta de los Doce Pares:

Soy la puente de Mantible  
Y los brazos de Monroy  
Los siete infantes de Lara  
Y lo que te digo soy”.

Cuando leí por vez primera este pasaje, recordé que yo también había tropezado en mis exploraciones del Istmo con vestigios de la epopeya carlovingia al recorrer el interior de la República en 1929 buscando materiales folklóricos de primera mano para una obra de ese género que publiqué después. Fue en Las Tablas donde un trovador santeño, acompañado por los arpegios de la bocona o de la mejoranera, cantó una tarde en modo mesano las proezas del invicto Emperador de Francia y de sus bizarros lugartenientes. Como la estrofa antioqueña, la tableña era un cuarteto en octosílabos glosado a la manera tradicional; pero a diferencia de aquélla, la redondilla panameña aparecía con su corteío completo de glosas. Respeto las rimas agrarias y las alteraciones que sufrieron ciertos nombres de la leyenda al pasar por la boca de los campesinos:

La guerra de Carlomagno  
En esta historia verán  
Que el almirante Balán  
Nunca quiso ser cristiano.  
A los palacios de Roma  
Bajaron de la Turquía  
Fierabrás de Alejandría  
Un gran señor de corona  
A irrespetar persona.  
Bajaron todos ufanos  
A pelear con los romanos

Siendo nación extranjera.  
Sucedió de tal manera  
La guerra de Carlomagno

Fue tan grande la matanza  
De los golpes a menudo  
Se quebraron los escudos  
y apelaron a las lanzas  
Los reyes por más forzudos  
Ellos la muerte se dan  
Galafre y Soltibrán  
Por baladrón atrevido  
Que no hay hombre más temido  
Que el almirante Balán.

*Galafre estando en la fuente*  
Con sus fuerzas a visible  
De la puente de Mantible  
Marchaba para Agua Muerta.  
Se sabe de cosa cierta  
Que siete iban con Roldán  
Siendo él el capitán  
Que marchaba a la cabeza.  
Sus hazañas y sus proezas  
En esta historia verán

*Balán como era tan ruin*  
No quiso que Dios le amara  
Dió con el puño en la cara  
Al Arzobispo Turquín.  
No puede tener buen fin  
El que no ama a un soberano  
Siendo tan viejo y anciano  
De verse preso en la plaza  
Ni por ruego ni amenaza  
Nunca quiso ser cristiano.

Si exceptuamos la Biblia y el Nuevo Testamento, fuente de inspiración para nuestros cantares a lo divino, es difícil hallar en la poesía popular panameña referencias a ningún otro poema extra-americano que no sea la leyenda de Carlo Magno y los Doce Pares de Francia.

Ferdinand Brunetiére, el gran maestro de la crítica literaria en Francia, comentando la obra de los gramáticos franceses del siglo XVIII, se expresa así:

“Al tratar de hacer del francés el lenguaje de la razón, ellos le dieron, junto con la claridad, el carácter de impersonalidad o internacionalismo que es, por definición, el de las concepciones racionales o razonables”, y agrega después que “sin dejar de ser nacional, la literatura francesa presenta un aspecto de evidente cosmopolitismo”. Hemos llegado, pues, a una altura en que del plano nacional resbalamos insensiblemente al plano internacional, y si se me perdona este otro rasgo, nada francés por cierto, de personalismo trasnochado, diré que desde este momento el profesor de lengua francesa cede el puesto en esta tribuna al diplomático retirado.

Parece ser la misión del genio francés prohijar las ideas fecundas de cada nación, someterlas a un tratamiento particular de adaptación, insuflarles su propia universalidad y volverlas aptas a ingresar en el dominio de lo internacional. Desde la edad media, Francia ha sido el punto de partida o el paso obligado de toda corriente social e intelectual de transcendencia para la humanidad. Su lengua tiene el privilegio de tornar europeo y universal lo que antes era regional y local. Si el testimonio de MacCauley nos merece alguna fe, “Francia ha sido el intérprete entre Inglaterra y la humanidad”. Geremías Bentham, el gran jurisconsulto inglés, no habría sido tan popular si Etienne Dumont, suizo de Ginebra, no hubiera hecho de la “Introducción a los principios de moral y legislación” una obra clara y amena, donde la aridez de las fórmulas científicas se refunde en el molde elegante de la composición francesa. Hegel era desconocido en Francia y en los demás países, antes de que Víctor Cousin lo tradujera, lo interpretara a la francesa y popularizara así sus ideas sobre la filosofía de la his-

toria. Sin ir tan lejos, el Canal de Panamá no sería quizás la realidad viviente que hoy es si no hubiera recibido de mano de los franceses los primeros golpes de piqueta y el bautismo de internacionalidad.

Por tanto, la influencia que el francés es susceptible de ejercer en el desarrollo de la mentalidad panameña, no era una idea tan insignificante ni despreciable que permitiera suprimir toda referencia a ella en el curso de esta disertación. Es imposible admitir que los que hablan francés con frecuencia, y lo leen, no lleguen algún día a pensar también en francés sobre muchas cosas importantes y a adoptar en la vida actitudes y criterios inequívocamente franceses. Acepto con la conciencia tranquila el cargo de utilitarista que este concepto de la enseñanza de una lengua extranjera pueda aparejarme si se le compara al concepto cultural y desinteresado que prevalece de ordinario en los medios académicos. Y para completar el plan dialéctico que me tracé desde el comienzo de esta oración, abordo ahora la segunda parte de mi tema, a saber: la posible influencia del francés sobre el desarrollo de nuestra mentalidad internacional.

Son tan delicados los problemas de este orden que confronta nuestra República, es tan evidente la necesidad que tenemos de una mayor expansión y una dirección permanente en nuestra política exterior que no sabríamos decir cuál de las dos influencias asume mayor importancia a nuestros ojos: la nacional o la internacional.

En los escritos de Thomas Jefferson, puede leerse este pasaje:

*“Preguntad al hombre que ha viajado por todo el mundo:*

*—En qué país preferiríais vivir?*

*—Sin duda en el mío, donde están todos mis amigos, mis parientes y los afectos y recuerdos más antiguos y queridos de mi vida.*

*—Qué país escogeríais en segundo lugar?*

*—Francia”.*

Que este diálogo, real o supuesto, sea el origen del conocido aforismo: “todo hombre tiene dos patrias: la suya propia y Francia”, es cosa que no podría afirmarse bajo juramento, pero

que tiene en su abono las más fuertes presunciones. Lo que sí puede demostrarse con pruebas irrefutables es que todo país tiene dos lenguas: la nacional y la internacional, y que el francés desempeña en el mundo esta última función desde la época de la decadencia del latín oficial, a raíz del Congreso de Westfalia, hasta 1919, cuando los estadistas que firmaron la paz de Versalles resolvieron disputar al francés su hegemonía secular como lengua internacional y hacérsela compartir con el inglés.

Uno de los espíritus más independientes y cultivados de la época, un eminente juriconsulto y estadista de los Estados Unidos que une a su saber y a su virtud el culto acendrado de los grandes ideales de la humanidad: el Dr. James Brown Scott, publicó en 1924 una obra sobre "El francés, lengua diplomática moderna", algunos de cuyos pasajes no resisto a la tentación de reproducir.

Brown Scott, Presidente de la Sociedad Americana de Derecho Internacional, Presidente del Instituto mundial de Derecho Internacional, y antiguo Consejero Jurídico del Departamento de Estado en Washington, es bien conocido en la América latina, donde sus palabras encuentran siempre un alcance y una resonancia incalculables.

"Como la nación más pequeña es jurídicamente igual a la más grande, es evidente que la cuestión de las lenguas no puede resolverse por el número de personas que hablan por nacimiento el inglés o el francés. No se trata de un cálculo matemático; es una cuestión que corresponde a las naciones determinar, sin que los cuadros estadísticos de la población tengan nada que hacer allí.

Resulta de esta igualdad, como bien lo dijo el Presidente Marshall, que ninguna nación puede en derecho imponer reglas a otra. De esta igualdad se desprende que ninguna nación o grupo de naciones puede sustraer a una lengua cuyo carácter oficial ha sido reconocido, ese carácter, sin el consentimiento de quienes se lo reconocieron.

Nunca se repetirán demasiado, en este caso, las palabras del Presidente Marshall que, por lo demás, hacen parte integrante de una sentencia suya: "Un derecho que se aplica a todas (las na-

ciones) con el consentimiento de todas, no puede serles retirado sino con su consentimiento”.

Si el Presidente Marshall está en lo cierto, ni el señor Lloyd George, ni el Sr. Wilson tenían derecho de usurpar al francés el carácter oficial y auténtico que le habían dado, por su voluntad soberana, las naciones más civilizadas del mundo, sin que recibieran a este efecto un mandato de las naciones interesadas”.

Y agrega un poco más adelante Brown Scott: “Hay que decir muy alto, sin vacilaciones ni reservas, que las miras del bloque inglés están basadas en falsas premisas y en un desconocimiento completo de los hechos concretos de la vida internacional, que están en oposición inconciliable con el arreglo de una de las más espinosas cuestiones que, se creía definitivamente zanjada dos siglos antes de la llegada del Presidente Wilson a Francia a bordo del George Washington el 13 de Diciembre de 1918”.

Es la verdad, y el valor civil de Brown Scott al proclamarlo, siendo él uno de los miembros de la delegación norteamericana a aquella Conferencia, es un gesto admirable ante el cual conviene descubrirse. El precedente sentado por los delegados a la Conferencia de París, vuelve a poner en discusión cuestiones enojosas de amor propio nacional que el buen sentido y la experiencia diplomática habían resuelto definitivamente en interés de todos. El uso del francés como idioma común fue una solución ideal que echaron por tierra en 1919 estadistas adiplomáticos —perdónese-me el neologismo— preocupados más que todo de política interna. Si una reacción no se produce contra iniciativas retrógradas de esa índole, ¿quién garantiza que mañana no se pondrá también en tela de juicio la práctica del alternado en la redacción y firma de los tratados, otro fruto de la experiencia y de la sabiduría internacional, o la precedencia de los Estados determinada por riguroso orden alfabético, o la de los embajadores o ministros acreditados ante un Gobierno, la cual se determina hoy por la fecha de presentación de sus credenciales? Convirtiendo en *soluciones de fuerza y prestigio* lo que antes dependía exclusivamente de la razón, de la igualdad, y de la conveniencia práctica nada se adelanta.

No puedo olvidar en estos momentos que cuatro años antes de la publicación del libro de Brown Scott, en sesión plenaria de la primera Asamblea de la Sociedad de las Naciones, tuve la honra de abogar con entusiasmo por la inclusión del castellano entre los idiomas oficiales de la Sociedad, conjuntamente con el francés y el inglés; y deseo curarme en salud anticipándome a cualquier reparo de inconsecuencia a que pudiera exponerme mi actitud de esta noche, en aparente contradicción con mi actitud de ahora trece años. Pero, en verdad, mi intención de entonces no fue la de destronar al francés, mi segunda lengua materna, ni desconocer las excelencias del inglés, la lengua sublime de Shakespeare y de Milton que se habla hoy de un extremo a otro de la faja de nuestro territorio concedida a los Estados Unidos para los fines del Canal interoceánico y su zona adyacente. Los verdaderos propósitos de mi intervención eran dos: de orden sentimental el uno, de orden crítico el otro.

La adopción eventual del castellano como idioma oficial en los debates, actas y documentos de la Sociedad de las Naciones, no era para los Estados de habla española allí presentes una honra de poca monta a la cual pudiéramos permanecer indiferentes sus delegados.

Dos grandes principios se proclamaron hace dos siglos en el Congreso de Westfalia que marcaron dos grandes conquistas de las ideas liberales: 1o.) la igualdad de los Estados, en contraposición a la pretendida hegemonía del Santo Imperio romano-germánico, y 2o.) el principio de la igualdad de las lenguas, supeditado hasta allí al concepto de la superioridad innata del latín, en virtud de una larga tradición y de su origen eclesiástico. Pero sin renunciar en teoría a la igualdad jurídica de las lenguas evolucionadas, hay que convenir en que la adopción de la propia lengua como órgano de comunicación universal, determina en la psicología de todo pueblo o nación una exaltación del ánimo, un sentimiento superior de satisfacción que es legítimo y profundamente humano.

La lengua propia es, además, el baluarte más firme e inexpugnable de la nacionalidad. Roma imperial no pudo imponer su



lengua a Grecia ni supplantar en Oriente el griego por el latín. Los bretones armoricanos conservaron en su dialecto las reliquias del antiguo celta, salvadas por ellos de las invasiones romanas y germánicas en Galia. Más recientemente, Polonia subyugada supo mantener su lengua como protesta viva contra la despolonización sistemática organizada en el corazón mismo del país por Rusia, Prusia y Austria.

Esto por lo que reza con la razón de sentimiento, que en cuanto a la de orden crítico, me proponía hacer palpar los inconvenientes y peligros que ofrecía la duplicación de las lenguas oficiales y demostrar que si los argumentos aducidos en abono de esa innovación lingüística hubieran tenido en cuenta el principio fundamental de la igualdad —base del consorcio internacional—, el resultado lógico y matemático de esos razonamientos no habría sido otro que la admisión del castellano, lengua de España y de todas las repúblicas latinoamericanas.

Por eso leí con profunda emoción, varios años después de mi discurso de Ginebra, los conceptos transcritos del libro de Brown Scott y estos otros que reproducen en una forma distinta y superior el fondo de mi propia argumentación:

“Debe reemplazarse el francés por el inglés en lugar de determinarse si se guarda el francés como lengua oficial agregándole sin embargo el inglés, el italiano, el alemán, y sobre todo el español que puede invocar en su favor el sufragio del mayor número?

Si las naciones civilizadas no hubieran convenido en usar el francés como lengua internacional, y si la cuestión debiera resolverse sin considerar la historia, no hay más que una lengua que podría reivindicar el puesto de honor: el español, porque esta lengua refinada, grave y sonora, es el órgano de una gran civilización y la voz de una literatura cuyos acentos no han terminado aún y es el idioma oficial de diez y nueve de las naciones que componen la Sociedad de las Naciones”.

Como lo demuestra Brown Scott con lujo de pruebas en su libro, la lengua internacional o segunda lengua de las naciones civilizadas no se adoptó por razones de sentimiento ni de preponderancia política, económica ni militar, sino de simple utilidad prác-

tica. Era un medio, no un fin. Y la mejor prueba de ello es que su adopción unánime y sin reservas no fue un hecho cumplido en Europa sino cuando Francia dejó de ser una amenaza para la paz del continente, cuando se pactó la paz de París a raíz del desastre de las águilas imperiales en Waterloo, en 1815.

Por lo demás, los que hemos tenido que escuchar a veces en las sesiones de la Asamblea o del Consejo de la Sociedad de las Naciones, largos discursos en idiomas no oficiales, traducidos luego *in extenso* por el intérprete francés y seguidamente por el intérprete inglés, podemos hablar con autoridad de los inconvenientes que ofrece el principio de la pluralidad en materia de lengua internacional.

Hoy, como hace trece años, opino que de aceptarse esa pluralidad, al español le correspondería la primacía sobre cualquier otra lengua, y en ésto coincido con el parecer de Brown Scott. Pero también opino, como él, que razones de lógica y conveniencia práctica deberían inducirnos a todos a abrazar la causa del francés y de la lengua única como la mejor solución de este problema secular. Al declararlo así me siento tan poco sospechoso de infidelidad hacia mi lengua materna: el castellano, como en circunstancias análogas debió de sentirse mi ilustre amigo Brown Scott respecto de su propia lengua: el inglés. Y para citarlo por última vez, comparto asimismo su concepto de que "el francés es la voz viva del porvenir, como el latín fue la voz viva de la edad media y el griego la de la antigüedad".

Vuelvo sobre mis pasos para insistir en una de las virtudes esenciales del genio francés que apunté atrás como causa u origen de la popularidad de la literatura francesa y del inmenso radio de acción que ha sabido abarcar en su propia patria y en el exterior: la sociabilidad. Si esa virtud pudiera transmitirse por la lengua a la mente y al corazón de las personas, los beneficios que de allí podríamos derivar serían incalculables. Se harían sentir interior y exteriormente. Obrarían dentro de nuestro territorio y sobre nuestras relaciones internacionales. Es oportuno recordar a este respecto el juicio de Goethe sobre El Globo, aquel admirable diario de oposición que dirigía en París Pierre Dubois bajo la Restau-

ración: “Los redactores de “El Globo” —decía el autor de Faus-  
to— “son caballeros: su lenguaje es claro, nítido, en extremo au-  
daz. Cuando censuran son delicados y corteses, bien distintos de  
nuestros letrados alemanes que se creen obligados a odiar a todo  
aquel que no piense como ellos”. Una lección semejante no es-  
taría fuera de lugar en nuestro medio. Sus efectos sobre nuestras  
contiendas políticas internas no serían menos benéficos que so-  
bre las actividades de nuestra pobre vida internacional; y cuanto  
contribuya a sacarnos del aislamiento en que viene debatiéndose  
nuestra República por obra de la crisis imperante y por las ideas  
que prevalecen en nuestro ambiente, debe contar de antemano  
con el apoyo y el aplauso de los buenos ciudadanos.

En el año de 1783, seis años antes del grito de la Bastilla, la  
Academia Real de Ciencias de Berlín abrió un concurso sobre los  
tres puntos siguientes:

“1o.) Qué es lo que ha hecho del francés la lengua universal  
de Europa?.

2o.) Por qué merece el francés esta prerrogativa?.

3o.) Puede presumirse que la conserve?”.

No me detendré a considerar los resultados de aquel concurso  
porque la sola enunciación de las preguntas deja establecido, fue-  
ra de duda, que el francés era ya a fines del siglo XVIII la lengua  
universal de Europa. Desde esa época ha venido consolidando su  
posición día tras día hasta convertirse en el lenguaje verdadera-  
mente universal, no solamente de Europa, como decía la Acade-  
mia de Ciencias de Berlín, sino de todos los continentes.

Ahora cabe preguntar, por qué razones ofrece el francés tan-  
tos y tan irresistibles atractivos para el mundo entero. No ha de  
ser únicamente por el orden directo, natural y claro de su cons-  
trucción gramatical, ni por su extraordinaria firmeza que le per-  
mite ser uno solo e igual tanto en prosa como en verso. Acaso  
sea porque, como observa Brunetiére, fueron las mujeres quienes  
dieron su forma al espíritu francés; porque desde el salón de Ma-  
dame de Rambouillet hasta el de Madame de Récamier, la histo-  
ria de su literatura se confunde con la historia de sus salones “Las  
mujeres exigieron” —dice el mismo autor— “que se escribiera

para ser leído y entendido por los demás y no para sí mismo; que no faltara nunca al arte de agradar, que se despojara todo asunto de su lenguaje especial y técnico y se le trasladara al idioma de todos, a fin de no cansar nunca la atención y más bien despertar en lo posible el interés general". De hecho, las mujeres eran libres y soberanas en Francia cuando en otras partes eran punto menos que esclavas, y su influencia decisiva en el desarrollo de la civilización francesa, el encanto que saben comunicar a cuanto las rodea, explican con más elocuencia que otras razones la fascinación rara que el francés y su literatura ejercen sobre el resto del mundo.

Lamentaría haber conculcado, sin quererlo, el sentido de la proporción de que tan devoto se muestra el genio francés, prolongando más allá de lo razonable mi permanencia en esta tribuna. Siento que es hora de terminar y debo apresurarme a recordar que las grandes reivindicaciones de la libertad humana tuvieron un día en el verbo de oro de Francia, su más vibrante expresión. Ese día no fue precisamente el 14 de Julio de 1789, el "día de gloria" que cantó Rouget de L'isle y que conmemoramos hoy. Ese día fue el 24 de Agosto siguiente, cuando la Asamblea Nacional en lucha abierta contra el régimen caduco que personificaba Luis XVI, hizo su inmortal Declaración de los Derechos del Hombre y enriqueció los títulos históricos del francés con el más honroso de sus blasones; vocero de la causa de la libertad y de la democracia, que le conquistó para siempre las voluntades y las simpatías americanas. Desde ese momento asume Francia con relación a nuestro continente, principalmente a las poblaciones de extracción latina, un pronunciado ascendiente moral e intelectual que ha conservado inalterable hasta nuestros días.

Alumbarar el porvenir, proyectar sobre él los resplandores de su espíritu nacional, amamantar las grandes ideas humanas, plasmarlas en los moldes de su propia sustancia y derramarlas luego en profusión sobre el haz del planeta; ser el portaestandarte de la civilización y poner a su servicio la fuerza de su brazo y los recursos de su ardiente proselitismo, ésa es la vocación suprema de Francia, ésa la realización más genuina y completa de su universalidad.

Los vastos intereses y proyectos que en otras épocas la vincularon al Istmo de Panamá y que pudieron suscitar alguna vez los recelos e inquietudes de otras potencias han desaparecido totalmente o han pasado a otras manos para no dejar en pos de sí otra cosa que un rastro de luz inmortal, una memoria imperecedera, una virtualidad espiritual tanto más intensa cuanto más purificada de toda veleidad utilitaria, de toda finalidad material.

Obedeciendo una vez más a la ley de su destino en América, la idea francesa vive en Panamá la vida del espíritu y del recuerdo. Nuestra memoria y nuestros sentimientos le aseguran una zona de influencia ilimitada, una concesión ideal a perpetuidad, desde la cual continuará subyugándonos a través de las edades con el único imperialismo que las democracias libres pueden decorosamente reconocer: el imperialismo de la inteligencia.

-----  
Boletín de la Academia Panameña de la Lengua, Año VII, No. VII, Diciembre de 1933.



## ELOGIO DE RICARDO MIRO

Por GUILLERMO ANDREVE

Señoras y Señores:

Este homenaje a Ricardo Miró es una revelación muy grata del alma panameña, a la que confabulados irreflexivamente, hemos resuelto considerar como muerta o poco propicia para las emociones literarias y artísticas, cuando sólo está perezosamente adormecida. Lo prueba esta reunión tan escogida de elementos nacionales, y el conjunto de las ofrendas preparadas, producto del consenso y aprobación unánimes que obtuvo apenas anunciado, el propósito del homenaje. Cómo nos hemos sentido todos obligados a venir aquí en un brote de simpatía irresistible! Cómo se nos ha impuesto a todos el prestigio del poeta, de nuestro poeta, que ha sabido cantar el terruño, el amor y la vida con tal calor y tal encanto, que sus versos suenan en nuestros oídos con rumores de cascabeles unas veces, con trémolos de violines sollozantes otras; ya como vibrar de clarines o como repiquetear de castañuelas, o como rasgueo de guitarras en la medianoche o como el sordo caer del chorro de la fuente solitaria, y también con ruido y algazara de atabales y trompetas en dianas madrugadoras o en paseos crepusculares, arrebatados de entusiasmo, de la bandera nacional.

Sea, pues, ésta la ocasión de rectificar el juicio sobre nuestra

carencia de sentido y gusto literarios. Confesemos que somos pocos los panameños en nuestras manifestaciones, porque situados en el puente del mundo —en puente de cambio— el agitado ir y venir de viandantes y trajinantes nos domina, y nos disminuye el tiempo necesario para el culto de las nueve doncellas. Pero cuando nos llega un momento solemne de consagración y de confesión, todos ponemos de manifiesto el secreto lírico que en nuestras reconditeces guardamos, tal como hacemos ahora en que hemos prestamente acudido aquí, a cooperar a la mayor galanura, prestancia y magnificencia de esta velada.

¿Quién es literalmente Ricardo Miró, en cuyo honor se efectúa? Es el poeta! Eso es todo y nada más. Pero desde luego no hay que confundir lo que él es, el poeta, con lo que son muchos, un poeta, o dos poetas o varios poetas, unidades de la bandada de que él se ha apartado, no dejado atrás por ella sino aislado voluntariamente para volar más alto, en el cielo azul, muy cerca del sol, la luna y las estrellas. Su parentela espiritual la forman Alfredo de Musset, Becquer y Lamartine, sus hermanos europeos, y aquí más cerca Carlos Guido Spano, y Diego Uribe y Guillermo Valencia, y también, hasta cierto punto, Luis Carlos López, el tuerto genial que por ser tuerto y por ser genial triplica el parentesco con nuestro poeta.

Ricardo Miró pertenece a lo que se ha dado en llamar la generación republicana, porque nació a la vida literaria en los mismos días en que comenzaba a formarse, y cristalizarse la vida independiente de nuestro Panamá querido, y tuvo su órgano de expresión en el "Heraldo del Istmo", esa revista literaria nacional, que fundé y sostuve por tres años poniendo a contribución mis anhelos, mis entusiasmos y mis energías en plena juventud, y contando durante todo ese tiempo con la cooperación de Alejandro Dutari, cuya voz se perdió en el misterio hace un cuarto de siglo y con la de Eugenio Chevalier en los comienzos, pues pronto abandonó los escarceos literarios y se contenta hoy con ser el primer oficinista panameño, de habilidad y competencia no superadas. Esa generación casi no tuvo maestros, porque no podían serlo, salvo de desinterés, ingenuidad y buena fe los hombres de la anterior,



los que del año 1890 en adelante representaron modestamente las letras en el Istmo. De los mejores entre ellos —que a la vez fueron los últimos— Adolfo García y León A. Soto habían muerto; Darío Herrera y José de la Cruz Herrera estaban ausentes; Samuel Lewis, Salomón Ponce Aguilera, Ramón Valdés y Nicanor Villalaz escribían solo de tarde en tarde, reclamados por otros menesteres de la vida; el resto, salvo contadas excepciones, lo formaban *bohémios incorregibles que iban ya cuesta abajo*. . .

La escuela en Panamá había sido muy rudimentaria hasta entonces; los ecos del mundo literario llegaban tardos y apagados al solar nativo: la *musa aldeana*, al caer el crepúsculo vespertino del día 3 de noviembre de 1903 que dio fin al ciclo colombiano en Panamá, aún vivía de acrósticos y epigramas. Abundaban los versos de cumpleaños, bautismos y entierros, y todo baile de sociedad tenía su complemento obligado en una cursi revista en verso que aparecía dentro de los ocho días siguientes.

En ese momento y en tal ambiente apareció el “Heraldo del Istmo” y su aparición fue aprovechada por un grupo de muchachos entusiastas para decir su palabra de fe o entonar su canto de esperanza. Ricardo Miró, Ricardo Alfaro, Hortensio de Ycaza, Alejandro Dutari, Enrique Geenzier, Aizpuru Aizpuru, Sebastián Villalaz, José Oller, Héctor Conte, Julio Arjona, Benigno Palma, José María Guardia, Guillermo Batalla, Juan B. Conte y también como una revelación de alma femenina, Zoraida Díaz. Ellos pueden decir que se hicieron un nombre y una personalidad sin ajeno auxilio, pues todo lo que han hecho, todo lo que en la literatura patria han dejado impreso, se lo deben a ellos mismos. No tuvieron, como quienes los sucedieron en el palenque literario, ni escuelas, ni bibliotecas, ni el recurso de los viajes, ni maestros ni nada.

Pronto del grupo se destacó alguien ansioso de dominar el horizonte. Ese fue Ricardo Miró, poeta de estirpe, pues entre sus tías maternas una, doña Amelia Denis de Ycaza, hacía versos y ha sido glorificada no hace mucho. Y por tener Miró esta tía poetisa, la malevolencia atribuyó sus versos a doña Amelia. No podían creer los aristarcos del solar y el conventillo que en una familia

hubiesen dos poetas. Y yo, que descubrí al ruiñeñor implume en un buen muchacho con veleidades de pintor y aficiones a toros y toreros y le presté abrigo y le di alientos en el "Heraldo del Istmo", tuve que defender su causa con ardor. En realidad, sus primeros versos **En el Circo y Olvidada** y creo que **Loca de Amor**, no eran para promover disputas de propiedad ni valían gran cosa como fruto, pero sí como promesa. Y qué promesa! Miró no tuvo muchos titubeos y una vez en el camino, pronto encontró la chispa en su cerebro y la emoción en su pecho, de tal manera que antes de los treinta años ya tenía conquistado el lauro inmortal.

Hoy, a los cincuenta y cuatro, se le corona y se le consagra. Y ante tan magnífico homenaje cabe hacerse esta pregunta: ¿es merecida la coronación? Procuremos contestar a ella con serenidad.

Los hombres de todos los países y de todos los tiempos apenas adquirido un rudimento de cultura por mínimo que sea, han traducido sus anhelos y sus amores en forma poética. La Poesía viene antes que la Historia y Homero es más antiguo que Heródoto. Desde luego ello se explica. El poeta es un ruiñeñor en trance de emoción. Las rimas tienen ala y vuelan fantasiosamente. La Historia, la Ciencia, la Novela, pensativas y juiciosas, tienen sus raíces asentadas en la tierra. La poesía es hija de la Belleza y el Ensueño. Las otras de la Verdad y el Estudio. Antes de que en un país aparezcan un historiador o un matemático, han cantado una docena de poetas. Esta es una ley que se cumple con más frecuencia en los pueblos jóvenes. Nosotros hemos tenido, tenemos aún, en una escala prodigiosa de valores, a veces muy invertidos, poetas a granel. Con el laúd o el arpa o el simple caramillo o el modestísimo rabel, han emprendido el ascenso a las cumbres del Parnaso. Pero la ascensión es penosa y muy pocos llegan a culminarla, a sentarse entre las musas y a gustar la miel hiblea que ellas brindan a los vencedores. La ascensión se hace, como en un juego olímpico, a la vista y ante el juicio de las multitudes, que siguen a paso a paso a los aspirantes, les conceden su simpatía, les

otorgan su aplauso o les muestran su enojo o los condenan al ridículo con sus silbidos o al silencio con su desdén.

Miró emprendió la jornada con brío y llegó a la cima en pleno medio día. Quiso gustar de las caricias de Polimnía, y de Calíope y de Talía en el vigor potente de la juventud, cuando pudiera saborear las delicias sublimadas del beso y del abrazo, de la fascinación y de la adoración, del amar y del ser amado. Por eso se apresuró a llenar su copa de alegría, para luego derramarla por los campos y las playas de su tierra diluida en la música retozona y alegre de la tonadilla del baile nacional. El resto lo apuró sorbo a sorbo como un fauno goloso que gusta las delicias de la vida en los días radiantes de la primavera.

El mismo lo confiesa en su hermoso soneto **Doblando el Cabo** escrito al llegar a los treinta años. Aunque todavía al mirar el porvenir lo encuentra suyo, no tiene temor de confesar que los años de su vida los esparció al viento como las hojas de una rosa.

Llegó Miró a ser, en el cenáculo de poetas antes mencionado, el de la musa más amable y delicada, el predilecto de la gente moza, cuyos sentimientos traducía, y de la gente anciana que se sentía orgullosa del joven poeta. Y así con un soneto hoy y un poema mañana, siempre inspirado, siempre encontrando la imagen sorprendente y maravillosa para engarzarla como un diamante en sus versos, llegó a ser el poeta nacional. Tal vez a ello contribuyó en gran parte su composición **Patria** que nos llegó a lo hondo a todos los panameños, que casi sabemos de memoria y que traduce fielmente nuestra emoción y nuestra conformidad en lo que a nuestros sentimientos nacionalistas se refiere.

La obra de Miró es amplia y variada y en parte corre impresa en dos volúmenes y algunos folletos. Hay todavía mucho sin compilar y algo inédito. Pero lo que ya se conoce basta para gloria suya y orgullo de sus coterráneos.

En esa obra poética hay de todo, desde epigramas punzantes como espinas hasta poemas olorosos como rosas y sonetos vibrantes como clarines. Al azar podemos citar **El Poema Eterno** y **El Poema Divino**, **El Poema del Ruiseñor**, **el Nocturno**, **el Primer Nocturno**, **En la Alta Noche** y sobre todo estas composicio-

nes que para mí son las mejores: **PATRIA**, que traduce el amor al suelo nativo tal como en realidad lo sienten los hombres de corazón, no obligados por engranajes legales sino por afectos y recuerdos; **Campanas de San Felipe**, en que el poeta evoca el ayer para despedirse de él, porque se fue y no ha de tornar, y **Las Tres Mariposas**, en que pinta la emoción del niño, del joven y del anciano ante el llamado de la ilusión. Y después. . . ¡sus sonetos!

Siempre he considerado que el soneto es la forma de expresión literaria más difícil y al mismo tiempo la más propia para modelar o vaciar un pensamiento noble o una bella frase. Desde luego no creo que el soneto sean sólo catorce versos, como dice Lope que lo dicen, sino que precisa que ellos formen artísticamente una copa de marfil de un solo diente con catorce facetas armoniosas como lo describe el boliviano Manuel María Pinto, o que en su conjunto sean como un león de Nubia, de ancha cabeza y resonante cola cual lo quiere Guillermo Valencia.

Y de los sonetos de Miró, que son muchos, muchos, pues hasta algunos poemas suyos en sonetos están forjados, quiero citar cuatro: **DOBLANDO EL CABO**, que escribió el 5 de noviembre de 1913 al cumplir sus treinta años; **LA ULTIMA GAVIOTA**; **COLON SIMBOLICO** y **A MI PRIMER NIETO**. Estos sonetos valen por muchos tomos de versos y son suficientes para crear y mantener muy alto un nombre literario.

Ya he dicho antes que Miró no es en realidad ave dejada atrás por la bandada como él mismo se califica, sino ave separada de la bandada para volar más alto, con más libertad, deseoso de alejarse de lo humano, ávido de acercarse a lo divino. Este soneto **LA ULTIMA GAVIOTA**, vino después de **DOBLANDO EL CABO** y nos muestra al poeta en un plano de melancolía por haber amontonado sus desengaños como amontona la hojarasca el río, según sus palabras, y haber esparcido al viento sus años floridos. Se ve sólo y se cree abandonado.\* Y quizá no para mientes en que su soledad es la de los seres superiores a quienes se hace insoportable la vulgaridad y el egoísmo de los mediocres.

Cuando Miró, nostálgico en Barcelona, escribió su soneto **CO-**

**LON SIMBOLICO**, quizá pensó en los destinos velados de esta América nuestra, tierra del porvenir, vientre feliz en que han de gestarse las conquistas definitivas de la Democracia. Ese oculto don de acierto, oscuro e inexplicable que es tesoro del poeta, lo llevaba a sospechar que algo muy grande, muy trascendente debió Colón mirar en América cuando tras cuatro siglos sigue señalando hacia ella con su dedo de bronce.

Sí! Colón presintió y Miró así lo comprende, que América será en el futuro la tierra de promisión que no ha podido ubicarse en el viejo mundo, viejo y enfermo, cansado y exhausto. Faltan algunos años, quizás muchos años para que ello se realice. No ha sonado la hora de la Justicia y de la Fraternidad, y todavía se ven panteras engalonadas por las tierras de los antiguos caciques; todavía el hombre es el lobo para el hombre y aún salpica muchas frentes el lodo en que la vileza se arrastra, y aún el dinero se desliza corruptor por conductos inconfesables y la metralla asesina hace correr la sangre viril o detiene los impulsos de los agraviados indefensos en un mundo lleno de abusos y de violencias. Pero Colón ve que eso es pasajero; ha atendido la indicación de Darío, y ruega a Dios por el mundo que descubrió. Y su oración será oída y la América vendrá a ser tierra de libertad, asiento de la Democracia, amplio regazo en que hallen paz, trabajo y amor los hombres todos, sean cuales fueren sus diferencias raciales, religiosas o políticas. Porque si algo hay indudable en este desquiciamiento moral y material en que vivimos es que del exceso mismo del mal saldrá el remedio y no tendrán las futuras generaciones que sufrir la tiranía de uno ni la tiranía de todos. No estarán sujetos ni al Minotauro de una sola cabeza y un solo apetito criminal, ni a la hidra de Lerna de cien cabezas y un ciento de apetitos igualmente criminales.

El último soneto, **A MI PRIMER NIETO**, es como un canto de amor y de esperanza. Y fue como un mentis lanzado a la faz de quienes creían que ya el poeta había roto su lira, simplemente porque se hizo a un lado para dejar libre el paso a los nuevos que venían empujando para ocupar la vanguardia. Y es también

como el consejo sabio del viejo estratega al bisonño soldado cuando cariñosamente le dice el hombre de cincuenta años al infante de doce meses cómo debe amar: primero a la gloria; luego a las mujeres; después a las rosas, y enseguida a todo lo demás seres y cosas. Pero por sobre estos amores, precisa alimentar un respetuoso amor, el amor a Dios. Estuvo acertado el poeta y más lo habría estado si hubiera observado, como lo hace Díaz Mirón, que si Dios está sobre todo, sobre todo lo demás está la Idea.

Hay quien diga, y es un poeta y no es un neo, que Miró ha pasado de moda. En cierto modo, sí; y en cierto modo, no. Tal vez lo cree así la juventud que irreverente siempre (y ¡qué gran fuerza es para la juventud la irreverencia!) se forja una consigna: desdenar el ayer. Y Miró es el ayer; un ayer cercano, pero ayer al fin. Y aunque secretamente se confiese esa juventud que los versos de Miró suenan a gloria como a él le suenan las campanas de San Felipe, tiene miedo a las maravillas que guarda el jardín florido del poeta y prefiere seguir de largo sin atreverse a levantar el aldabón y llamar.

Quizás esa juventud se sentiría mal en un medio tan ajeno a sus gustos y a sus preferencias reales o simuladas, ya que en ese jardín no podría bailar jazz ni correr aventuras absurdas sin los velos de la ilusión. Los hombres sin americana y las mujeres sin medias y con zapatos de goma horriblemente antiestéticos, ¿qué harían en ese jardín, en que el ayer por todas partes vibra y brilla, como un mago maravilloso, conquistador de estrellas?

Pero en los días de grandes ceremonias, cuando precisa a los hombres vestir el traje de gala y lucir las condecoraciones y a las mujeres calzar las medias costosas de malla fina y transparente y lucir el traje llegado de París y el escarpín con brodequines Luis XV y los guantes que cubren todo el antebrazo, Miró vuelve a estar de moda. Son sus versos los que precisa recitar para el embrujo de los corazones. Y, aunque sea por breves instantes, pero inolvidables, vuelve a triunfar.

La juventud, que como acabo de decir es irreverente, niega toda virtud al pasado. Como Kant, se burla de su padre dormido, como el infusorio —y no se tome por irrespetuosa la compara-

ción— cree que su gota de agua es el universo; y como todos hemos sido jóvenes todos hemos hecho lo mismo sin que esto sea tan definitivo que al asomar las primeras canas y al rebosar nuestra alma de múltiples decepciones y al ampliarse nuestra visión nos impida confesarnos que el esfuerzo humano debe medirse de acuerdo con el día y el lugar y los medios en que se realiza y que el ayer, el hoy y el mañana son eslabones de una cadena que se comenzó a forjar hace millones de años, cuando apareció la vida en el planeta y continuará forjándose por algunos millones más sin que la ciencia haya podido aún decirnos cuándo se forjará el último eslabón ni siquiera cuál de ellos es el mejor de todos.

¿La generación republicana lo hizo bien? ¿Lo hizo mal? ¿Quién puede asegurar lo uno o lo otro, si antes no se libra de prejuicios y de parcialidad? Los encausados seguirán creyendo que lo hicieron bien. Los nuevos, los acusadores, que tienen otra estética, que están inventando ahora novedades que corren gran peligro de ser viejas muy pronto, creen que lo hicieron mal. Dejemos a unos y a otros con sus creencias. La solución que a ellos escapa es el Gran Juez el que la dicta. Y parece que esta noche el fallo es favorable a los viejos, sin que ello afecte para nada la obra de los jóvenes que no están en discusión.

Y ahora puedo ya contestar la pregunta que me hice. ¿Es merecida la coronación? Sí que lo es. Se paga a medias con ella una deuda al poeta. Por treinta años o más, nos hemos deleitado con sus versos. Justo es que correspondamos al placer espiritual recibido colocando sobre sus sienes la corona de laurel antes de que la musa fúnebre, que ojalá aparezca muy tarde en su vida y en nuestras vidas, nos prive de hacerlo. Y desde luego el iniciarla y realizarla en un gran acierto del Instituto Pedagógico que se hace acreedor por ello a la gratitud nacional, pues ha tomado a su cargo el pago de esa deuda que a todos corresponde.

Una vez dije, hablando de Miró, que en todas sus obras está o presente, o en recuerdo o en evocación la mujer. Me refería entonces a la mujer como forma de belleza, de arte o de placer; hoy digo que su vida ha estado siempre vigilada amorosamente, abnegadamente, calladamente por la mujer —santa forma la más

elevada del amor y de la devoción—, representada para el niño y el adolescente por su madre, esa anciana venerable, que aún hoy vive para su dicha y lo adora con el mismo cariño maternal de otros tiempos. Y representada para el hombre en su juventud y en su edad madura por su esposa, que con su virtud, su dulzura y su consagración ha sido el ángel de su hogar, el puerto seguro después de cada tempestad, el remanso de paz para el poeta y para el hombre. Esas dos matronas deben sentirse orgullosas porque sin ellas quién sabe si el poeta —todo poeta es un niño grande— hubiera naufragado en el mar de la vida, al embate de las pasiones que lo han sacudido violentamente como a frágil leño.

Voy a concluir señores, temeroso de haberme extendido mucho sin decir la palabra única que refleje el sentimiento de los aquí reunidos. Pero esa palabra no dicha por falta de aptitud, va recta y silenciosa de corazón a corazón y lleva al poeta, por los caminos silenciosos que él bien conoce, un mensaje de cariño, de entusiasmo y de admiración de los aquí reunidos y también de muchos ausentes que igualmente lo aprecian.

Ricardo Miró: esta coronación que se te hace me conmueve íntimamente. Unidos por muchos años en una amistad personal y literaria que no ha tenido quiebras hemos visto alejarse los días de nuestra juventud y vemos con serena filosofía acercarse el crepúsculo de la tarde. Este crepúsculo para ti es luminoso. Y los que te queremos y admiramos sentimos el gozo invadir nuestros corazones porque lo que a tí te honra a nosotros, tus compañeros de “El Heraldo del Istmo”, tus colaboradores de “Nuevos Ritos”, tus colegas de la Academia Panameña de la Lengua, nos deja un frescor en el alma, un dulce recuerdo en la mente y pone una gota de miel en la amargura de los días sombríos y tediosos, en que la inquietud patriótica nos desgarrar el alma, y ante el eclipse de nuestros ideales y la decadencia de las virtudes cívicas nos invade el desaliento y la desesperanza nos clava un agudo diente en las entrañas.

Panamá, 31 de enero de 1937.

---

(Tomado de “La Estrella de Panamá”, del 1o. de febrero de 1939).



## ORGANIZACION Y DISCIPLINA

Por JOSE D. MOSCOTE

### Disquisición Preliminar

Muchas veces, replegado en mí mismo, viendo fluir en mi imaginación la vida panameña de los últimos treinta años —vida sin norte fijo y sin rumbo cierto; vida de flagrantes contradicciones y extrañas paradojas, vida en la que por estas mismas circunstancias se ha venido librando un largo y doloroso duelo entre el idealismo de los menos y el realismo pesimista de los más— me he dicho: ¿Será posible que esta lucha desigual sea por siempre la característica de la vida nacional? ¿Será posible que ya hayan fallado todos los medios de instaurar entre nosotros el imperio de una potente voluntad pública de afirmación y de perduración que cambie radicalmente el tono y las condiciones de esta lucha? ¿No hay forma de llevar a la práctica del gobierno y de ensayar en él, siquiera, métodos de estructuración individual y colectiva de hon-do alcance cultural y civilizador?

Mi pensamiento, que es fundamentalmente escéptico, que vive acosado por la duda que suspende el juicio, aun ante el esplendor de los hechos más evidentes, cree haber encontrado tie-

rra firme frente a la angustia que se trasluce a través de estos interrogantes. Trato de demostrar esto en las presentes páginas cuya crítica entrego sin temor a los mozos inquietos que ya están metiendo ruido en nuestra vida política y social.

Empero debo advertir previamente que, para ello, no considero necesario desestimar los esfuerzos que se han realizado hasta el presente para darle a la nación una personalidad acentuada ante propios y extraños, ante los de casa y ante los que nos observan desde los miradores internacionales. Pienso, por el contrario, que en el desfile patético y emocionante de la experiencia contradictoria y paradójal que el país ha vivido, lejos de ser todo espurnible o careciente de valores sustanciales, no poco hay que ostenta la firmeza de una sillería hábilmente construída. Creencia diferente no concordaría con la que es preciso abrigar con respecto a la continuidad de la historia, ni sería propia de quien no piensa que debe escindirse la responsabilidad de las generaciones, como si ellas actuaran en ciclos cerrados e independientes, como si el pensamiento y la voluntad de los hombres no fueran trascendentes de por sí, como si una vez aplicados a cualquiera de sus objetos posibles, se gastaran para siempre en el tiempo y en el espacio.

Lo que afirmo es que el actuar público —el del ciudadano y el del Estado— que nada más recibe el estímulo de inspiraciones ocasionales y contradictorias o de motivos pasajeros y contingentes, es el menos adecuado para la sólida plasmación de una conciencia general militante en función de concentrados ideales, capaces de interpretar fielmente la sinuosa dirección del determinismo social. Lo que pretendo es llamar la atención del lector hacia el hecho de que sin organización y disciplina en el pensamiento y en los actos que le dan forma, sin cierto equilibrio entre los medios y los fines no será posible a nadie, ni al hombre individual, ni a la comunidad-Estado, enfrentarse a la ingente tarea de limar las duras aristas y las asperezas que en las cosas y en los sucesos forman las complejas y numerosas exigencias de la vida humana. Me parece que así expreso en rápida síntesis la idea pivotante de estos ensayos, de que ya es tiempo

señalar a la voluntad vacilante y desarticulada de la nación direcciones ideológicas influidas por pensamientos orgánicos reflexivos con miras hacia ápices luminosos que le indiquen claramente, a lo largo del tiempo, los jalones necesarios de su desenvolvimiento.

Este parecer apunta ya también en los varios temas en los cuales me propongo desarrollar aquella idea para contribuir, en la forma en que me es dable hacerlo, a la grande e inaplazable obra de rectificación integral de las actuales condiciones políticas, culturales y sociales de la República. No son de hoy las preocupaciones que acusan estos temas, puesto que ellas asoman por aquí y por allí en varios trabajos míos anteriores al presente. No hay que tomarlas como simples devaneos de mi mente ya que en cuanto son susceptibles de realización positiva, yo he tratado con hechos de que ellas dirijan mi conducta de ciudadano en funciones públicas de responsabilidad.

### **Necesidad de un idearium nacional**

Un idearium nacional es un conjunto de modos de pensar extraídos de la experiencia social, pasada y presente, los cuales sería deseable que orientaran el vivir público de un país en todo aquello que en el orden material o espiritual debe considerarse como atañadero a sus intereses esenciales. No contemplo en este ensayo de definición el estrecho concepto de programa político inmediato, concebido por alguien para servir fines específicos de dialéctica ciudadana. Los partidos, las facciones, los simples grupos sociales que persiguen realizaciones coetáneas con su existencia, siempre pasajera y versátil, tienen que limitar su acción, por ambiciosa que sea, en fuerza de las condiciones mismas de su organización y de la economía de los intereses que en sus filas se asocian. La nación, entidad permanente, sin principio ni fin dentro de la experiencia personal de los hombres, requiere un modo de vida que fluya espontáneo por en medio de los azares y contratiempos del revuelto océano de la historia; requiere una orientación, un norte que, salvando la

unidad de los valores eternos y la de sus características peculiares, le permitan seguir, a todo riesgo, la trayectoria de la evolución universal. Este modo de vida, esta orientación, y este norte que deben iluminarla con luz viva e inalterable, se resuelven en funciones políticas trascendentales que sólo el pueblo en conjunto con su pensamiento, con sus creencias y con su conducta instintiva puede desempeñar cumplidamente. Lo que discurran o hagan los partidos y asociaciones particulares sólo será trascendente en cuanto la motivación de sus programas sea extraída de la gran cantera del idearium nacional. Porque el partido o grupo que, por su origen, no se porta como un instrumento resonador de las auténticas aspiraciones populares no pasa de ser un órgano disimulado de demagogos sin ley y sin conciencia; una masa humana informe que se mueve desorbitada fuera de su ambiente natural, a la que no es cuerdo seguir porque no se sabe hacia dónde va.

Es, pues, para hacer posible aquellas altas funciones públicas para lo que hay que infundirle al pueblo —ya veremos más adelante cómo— un idearium que le sirva de escudo en la continua agonía por su propia vida, en el cual se encuentren acendradas las mejores enseñanzas de la historia y sea, a la vez, una constante y firme demanda de auténtica y progresiva justicia social. Es un puro espejismo de la mente vulgar creer que el país puede encontrar despejada la senda de su redención y lograr la firmeza gubernamental y administrativa que para ello precisa, prescindiendo, los que mandan, de los principios rectores de la cultura, que es ciencia y experiencia, y de los de la civilización, que es técnica y facilidades de progreso; y más que puro espejismo, es engaño culpable pensar que las soluciones económicas que imponen a los estadistas días y horas preñados de incertidumbre, bastan para echar las bases de una nacionalidad moralmente sana y bien segura de sí misma. La verdad es que sobre las fuerzas emergentes o de lo simplemente transitorio nada se puede construir, como nada que tenga virtualidades creadoras puede surgir de las pugnas partidistas que no tienen por móvil la defensa o la salvaguardia de las construcciones ideales que tutelan la vida de las naciones.

En nuestro clima social, ni la economía ni la política se nutren de pensamientos definidos y precisados en estudios sistemáticos, ni los que a ella se dedican tienen tiempo, por la manera como se encumbran a las altas posiciones directivas del Estado, de investigar no ya lo que es, que sería bastante, pero ni apenas lo que debe ser, que sería mucho. Esta tarea está reservada a la observación tranquila y metódica de los fenómenos políticos y sociales, *única capaz de señalar con autoridad cómo un pueblo ayuno de ideas claras y precisas en orden a la manera de satisfacer sus más apremiantes necesidades jamás logra laborar por su propio desarrollo y engrandecimiento; cómo no tienen arraigo en su conciencia medidas o leyes que le toman de sorpresa y a las que no se adapta, porque nada hay en su inteligencia inculta, ni en lo más profundo de su psiquis que le disponga a ello; cómo no puede ser ese pueblo, un colaborador consciente en ninguna empresa generosa de construcción o de reconstrucción si no entiende el lenguaje que le hablan titulados dirigentes que no han salido de sus filas.*

Parece que queda así demostrado que sin el instrumento de un *idearium* nacional asequible a todos, a los que “detentan el poder” y a los que en gracia de algo, que ya precisaré, consienten tal detentación, no es fácil a un pueblo entrar por la segura vía de un progreso general conscientemente dirigido.

### **Haz de ideas directrices**

La disquisición acerca de la necesidad de un *idearium* nacional conduce a la enumeración y a la definición de los elementos que lo constituyen, los cuales, por cierto, cuando se les enfoca, resultan de una sencillez sorprendente.

La nación debe tener un sentido cabal y militante de los fines a que responden la educación y la cultura, así como de las consecuencias que de ellas se derivan con respecto a la *política* general del Estado, a la economía y al trabajo, no menos que a la organización de los medios adecuados para mejor servir la suma total de intereses públicos en estos campos comprendidos. Emergen en seguida ante el horizonte de nuestra mente numerosas cejas de

luz que atraen la atención de ésta invitándola a fijarse en ellas. La obra de la educación y de la cultura es, ante todo, obra conscientemente humana, de modo que parece ingenuo pensar en sus imperativos y en las modalidades de su naturaleza en función del medio, del presente y del porvenir, si se prescinde de los educadores o de los políticos, o más objetivamente, de los funcionarios del Estado a quienes corresponde dedicar sus capacidades y aptitudes a la realización de aquellos imperativos. Además, siendo imposible la tal obra sin el concurso de cierto número de órganos humanos especialmente preparados, no deja de serlo tampoco sin el impulso ideológico de unos cuantos conceptos de valor directivo que a manera de oriente indiquen la polarización de las actividades funcionales del Estado en cuanto ellas se rozan con la educación pública. ¿Cuáles son estos conceptos? En primer lugar, los que expresan la razón de ser de una política nacional orgánicamente comprensiva, con lo que pasando otra vez por los dominios de la economía y del trabajo entramos de lleno en los del nacionalismo y del progreso, expresiones ambas de la inteligente voluntad colectiva de la nación aplicada a crearse un sistema de vida libre de trabas que entorpezcan las rutas de su bienestar. Decir voluntad colectiva de la nación es apuntar ya directamente a las tres grandes fuerzas que concurren a moverla, a determinarla, dentro de la real estructura de los estados modernos; la de la opinión pública, indeterminada y libre, que aun concretada en el parlamento, todavía persiste, o debe persistir, en el ejercicio de sus derechos inalienables; la del parlamento mismo, órgano, vehículo transitorio, del sentir y del parecer público, por naturaleza mudables o, si se quiere, veleidosas y la de una voluntad personal, bien definida y autorizada, cuyos poderes de imponerse derivan de algún hecho o de alguna ficción popularmente sancionados y cuya tarea política y social sea la de dirigir y encauzar en todo momento eso que convencional aunque vagamente denominan los destinos nacionales.

Este apretado haz de conceptos tendrían una amplia consideración si se tratara de llevarlos hasta sus últimos desarrollos. Serían temas obligados los siguientes: Educación y educadores;

imperativos de la cultura; la política y los políticos; funcionarismo y funcionarios públicos; nacionalismo y progreso; economía y trabajo; la tragedia del parlamento; y la vida pública como derecho y como deber. Nos contentamos con abordar los dos primeros, a guisa de ilustración de lo que podrían ser los otros temas apuntados.

## Educación y Educadores

Un gran número de personas cuando oyen hablar de educación y de educadores sólo pueden evocar las comunes imágenes que materializan tales términos, por otra parte, tan comprensivos, tan henchidos de ideas. Estas imágenes son las de la escuela y el maestro que, efecto inevitable de la deformación por el uso, muy poco dicen ya ni en la literal acepción en que ordinariamente se les toma.

La educación, en efecto, un proceso científico encaminado a provocar el despertamiento de las potencialidades individuales del niño y aun del adulto, un método de adaptación de éstos a su medio, con fines biológicos y espirituales es, también, un factor de primer orden en la vida de cualquier sociedad humana que aspire a poseer una individualidad bien definida e inconfundible. Y del mismo modo, el educador, concebido en un plano mental libre de prejuicios, es, más que un simple trabajador asalariado para los efectos de la división del trabajo social, el guión de la humanidad en sus afanes de organizarse en unidades políticas de acentuado carácter nacional.

Con todo, no es exactamente de la educación y de los educadores en los simples conceptos de escuela de lo que aquí se trata; así no se sobrepasaría el reducido campo de lo profesional, de lo técnico, tal vez, muy en su lugar cuando se habla en trance de pedagogo; pero inoportuno cuando el pensamiento está dominado por la idea-fuerza de que lo que es de interés vital, social y político, tiene que despertar una general inquietud en la nación entera.

El tema de la educación en Panamá debe, pues, dejar de ser motivo exclusivo del interés profesional para convertirse en el

gran tema nacional de todos los instantes. En vez de considerarlo por su aspecto simplemente metodológico habrá de tomársele por el lado de sus mayores perspectivas tratando principalmente de restaurar, si se ha perdido, el imperio de las fuerzas históricas creadoras de la nacionalidad, o de depurarlo sí, subsistiendo, anda desorientado o no responde a su fin más deseable. No hay posibilidad para una nación de llevar una existencia estable, ordenada y consciente de sus destinos, si se olvida de la complicada urdimbre de su historia, si menosprecia las direcciones espirituales que en el transcurso del tiempo han pugnado por determinar su carácter político y social. Y ello es así porque las raíces de su personalidad ética se extienden mucho más lejos de lo que presume nuestra ingenua y complaciente conformidad con el presente; porque todo en ella, desde su prosaico existir material hasta su vocación para las hazañas inmortales, está influído por una cierta tradición difusa y militante que le disputa el paso heroicamente a los más tímidos avances del progreso.

¿A quién le toca realizar la tarea de aprovechar el enorme caudal de dichas fuerzas en la medida indispensable para plasmar la fisonomía moral de nuestro pueblo? ¿Quién tendrá que capitalizarlo no tanto como tema de especulación literaria, sin proyecciones creadoras, sino como una filosofía en acción, codificada, acaso, en postulados prácticos, aplicables, día a día, en el gobierno, en la administración, en la vida privada y en la pública y en la educación política de la ciudadanía?

La respuesta de la pedagogía a estas preguntas ha sido siempre que la escuela y su instrumento favorito, el maestro, bastan para llevar a cabo tan ardua labor. Pero los resultados hasta aquí obtenidos demuestran lo ilusorio de la solución porque esas entidades, que pueden servir de base admirable para organizar la enseñanza de la historia, como la de las demás asignaturas, no han logrado jamás que ella haya penetrado profundamente una colectividad cuya más notable característica fuera la necesaria expresión de una conciencia general históricamente evolucionada. El interés de la educación clásica, que se concentra en la escuela y el maestro, dígame lo que se quiera, se agota en la consideración



de problemas estrictamente pedagógicos como éstos: “¿qué enseñar?”, “¿cómo enseñar?”, “¿para qué enseñar?”, y otros parecidos cuyas soluciones carecen de influjo trascendente.

Debe comprenderse ahora cómo es preciso que la educación tenga un concepto más amplio, más extenso que el que usualmente se le reconoce, y, por consiguiente, otros órganos, distintos de los comunes, más apropiados para los fines nacionalistas que ella debe realizar.

De este tal concepto y de estos nuevos órganos no se excluyen, desde luego, las agencias clásicas que, por el contrario, se tornarán más eficaces influídas, como lo serán, desde fuera, por el aire vivificante de ideas y sentimientos que se incuban en la entraña nacional. Lo que sucederá es que el impulso de éstos y su dirección partiría de la periferia al centro en un proceso de constante fecundación del trabajo escolar y educativo específicamente concebido.

Así, la contradicción que siempre ha existido entre la escuela y la vida en Panamá, más notable que en ninguna otra parte, quedaría reducida a proporciones que ya no estorbarían el esfuerzo de la nación por estructurarse política, social y económicamente por sí misma, como un ser colectivo que sabría con firmeza lo que quiere y cómo conseguirlo a lo largo de su vida inmortal.

Este concepto integral de la educación que tiene por circunstancia específica la que debe ser aplicada de modo consciente por la nación funcionalmente apta para ello, requiere, claro está, representaciones ideológicas sintéticas fuertemente prendidas en la conciencia de sus elementos individuales que sólo así podrán, a su vez, hacerlos prender en la conciencia general. Entonces ya no habría que esperar todo de la escuela y el maestro. Toda la nación se convertiría en un propio y gran plantel cuyos máximos educadores serían los hombres representativos que pagarían el derecho de representación que, por consenso general, implícito o explícito, ejercen con trabajo permanente de valor magisterial en términos amplios.

El hombre representativo no es, por cierto, el que al amparo

de las flaquezas de la democracia asalta una posición directiva pública o privada, que ocupa, pero que en realidad no desempeña. No; es aquel que dentro o fuera del gobierno del Estado, como funcionario de responsabilidad o como modesto empleado subalterno, representa legítimamente con autoridad moral importantes intereses sociales; es aquel en quien el instinto popular ha descubierto inequívoca rectitud de intenciones, firmeza de voluntad y carácter enérgico; es aquel hombre, moralmente íntegro, que tiene derecho por la calidad de sus prendas espirituales a ejercer cierta rectoría social; es aquel que, capitán de industria o simple obrero manual, pone a contribución en su trabajo, buena fe constructiva, constancia infatigable, espíritu de continuidad y un cierto amor desinteresado de orden estético en la obra que le absorbe.

La tarea educativa, considerada como un esfuerzo cotidiano del propio cuerpo social sobre la base de un sano principio de representación, es, seguramente, el mejor medio de combatir las modalidades inferiores características de nuestra vida pública nacional. Sólo a favor de él podrían inyectársele al país nobles motivos de acción ciudadana y nuevas aspiraciones acordes con las fuerzas históricas latentes en los bajos estratos de nuestra organización social superadas por influencias extrañas a las mejores conveniencias nacionales.

Ahora, que hay que ponerse en guardia contra las ilusiones del optimismo, porque para que la organización del pensamiento nacional, rumbo hacia el gran fin que palpita en estas líneas sea posible prácticamente, se necesita que ella descansa sobre el contenido orgánico de direcciones ideológicas reflexivas que tengan virtualidad suficiente para articular las voluntades dispersas de nuestro medio. La educación es un proceso que se verifica en el ser individual, que no reacciona sino a los estímulos intelectuales o sensitivos, de modo que sería toda ella un vano intento de perfeccionamiento si no pudiera disponer de tales estímulos. Lo que quiere decir que la organización del pensamiento y su consiguiente disciplina serían mera preocupación en el aire en sociedades analfabetas y sin sensibilidad para las grandes cosas de orden

científico, moral y estético que suelen cautivar el espíritu del hombre.

A partir de aquí, se columbran los dominios de la cultura.

### Imperativos de la Cultura

No hay en la literatura de ideas concepto más llevado y traído que el de la cultura, ni término más a la mano, a todos los propósitos, que el que le da forma para hacerlo accesible al entendimiento. Este hecho, síntoma ya de confusión, justifica, por sí sólo, que sea preciso fijar previamente, en tratándose de dicho concepto, la posición ideológica que frente a él se adopte. No importa mucho que, para ello, tengamos que valernos de unas cuantas nociones muy sencillas con fastidio, quizás, de los eruditos que nos lean.

La cultura, en mucho, es saber, el saber en que culmina el desarrollo de la inteligencia cuando se aplica a penetrar en las zonas oscuras o inexploradas de la naturaleza y de la vida. La cultura, así entendida, se descompone, como concepto, en una diversidad de culturas: cultura científica, cultura técnica, cultura filosófica, cultura literaria, cultura artística. Del punto de vista de las varias etapas de aquel desarrollo, del de las potencialidades psíquicas del ser, se habla también de una cultura primaria, de una cultura secundaria y de una cultura universitaria. Y aun cabe hablar muy legítimamente, de una cultura individual y de una cultura social que, respectivamente, son las denominaciones que corresponden al término del proceso cultural en relación con la persona y el medio en que ella actúa.

No obstante los elementos de apreciación que surgen de este somero análisis del saber, llamémoslo así, cuantitativo de la cultura, ella, considerada en su sentido genérico, más que una simple síntesis de aquellos elementos, es un concepto sublimado por la mente para referirse al estado social del hombre, propicio a su mejoramiento integral, indefinido y consciente; un concepto de valor espiritual imponderable que le impulsa a superarse continuamente en la concurrencia fatal que la vida impone a todas las agrupaciones humanas.

Esta cultura tiene una gran importancia así para el simple individuo de espíritu inquieto como para la comunidad política que aspire a hacer algo más que marcar el paso que le indica el día solar, inalterablemente bajo el imperio de leyes mecánicas que no interesan al común de las gentes; y debe ser, además, para ambos tal cultura, constante motivo de acción encaminado tanto a adaptar el medio geográfico a las necesidades sociales como a hacer más digna y más noble la existencia, ya que, según el Evangelio, no sólo de pan vive el hombre.

Importa establecer, de paso, que un pueblo culto vale más, muchísimo más, que un pueblo civilizado. Posiblemente no se da en el terreno de los hechos la escisión social que permitiría establecer la exacta línea que separa al uno del otro, pero en términos generales sí pueden señalarse las características que respectivamente los distinguen. Aquél, poseído de un ardoroso impulso vital, es el pueblo capaz de asimilar las creaciones ajenas o de transformarlas químicamente, aumentándoles su sustancia, para servir las aspiraciones y finalidades de lo que, a lo largo de su historia, parezca ser su destino a su deber en el mundo. El último se contentará con buscar siempre la línea del menor esfuerzo, con imitar, sin intentar modificarlas, las realizaciones de otros pueblos que, acaso, tienen un sentido heroico y militante de la vida.

Ahora, para que esa paráfrasis de los conceptos de la cultura no deje el pensamiento en suspenso, en el aire, hay que intentar reducirla a proporciones de mayor sentido práctico, de más vivo color circunstancial, con respecto a nuestro medio. Lo cuantitativo y lo cualitativo de la cultura no son valores universales que tengan una misma aceptación en todas partes. Ellos varían, según la época, el espacio y el fluir de los mil heterogéneos acontecimientos que imprimen a la historia de cada nación un sello particularísimo. Del mismo modo, los imperativos de la cultura en la sociedad en formación que, apenas, comienza a definirse, deben tener un tono de urgencia específica mayor que en cualquiera otra sociedad ya fatigada por el peso de problemas complicados de larga data. Fuera de que será preciso someter dichos imperativos a cierta organización y a cierta disciplina que les permi-

ta fecundar el alma nacional y prepararla para las grandes realizaciones que le imprimen carácter a una cultura.

El primer fundamental imperativo de la cultura es el de que ella debe ser integral y amplia. La cultura recortada, reducida a una sola provincia del saber, claro está que no deja de ser cultura; sólo que no es la que se piensa cuando hablamos de “un hombre culto”, de “una nación culta”, en el sentido que generalmente se le da a estas expresiones. Aquélla, atrofia el espíritu del individuo y le vuelve intransigente y duro, aún consigo mismo. La otra, al abrirle las mil ventanas del universo mundo, al alejarle de los peligros de la miopía, le retiene en él, como en su medio natural, en actitud curiosa e inquieta, pronto a darse cuenta de las leyes que lo rigen. Esta cultura tiende a conciliar en la mente del hombre el valor del conocimiento especializado con el de carácter general, medio único de crear una firme solidaridad espiritual entre todos los que trabajan por ennoblecer las relaciones humanas.

La cultura amplia, la cultura integral, no es sinónimo de cultura universal o enciclopédica. Ella tiene por objeto solamente eliminar del campo que cubre el concepto general de cultura al “hombre tornillo” al “hombre polea” de Baroja, o al sabio del ejemplo clásico que, en apartándole de su especialidad, queda reducido a la miserable condición de un bárbaro descentrado. Quizá sea posible discutir si las necesidades sociales de otros medios humanos no justifican un criterio diverso acerca de la mayor o menor extensión que debe tener la cultura. Nosotros nos inclinamos a creer que sus imperativos son universales y que en este país nuestro, que aún no ha hallado una definida expresión nacional y que, desgraciadamente, la busca siguiendo el camino extraviado de una vida paradójica “sin norte fijo” y “sin rumbo cierto”, el imperativo que nos ocupa se le impone, en términos mucho más perentorios y obligantes que a aquellos otros países en donde la cultura general ya tiene hondas y largas raíces.

Vecino al tema del imperativo integral de la cultura, pero que no obstante, no debe confundirse con él, es el de su forma,

es decir, el tema que trataría de elucidar qué orden de ideas o de consideraciones han de prevalecer al instaurarse un tipo de cultura en un país dado. Y es, ciertamente, imperiosa la necesidad que hay de clarificar este aspecto de la cuestión, porque la cultura general, dicha así, por amplia o integral que se le suponga, es, como idea, y, más, como concepto, algo vago que no puede servir por sí solo para orientar la acción individual ni la colectiva por una senda cubierta de muchas dificultades. El punto central de interés aquí radica, a nuestro parecer, en la tonalidad que sería conveniente darle a nuestra cultura, después de estudiar cuidadosamente las condiciones del ambiente nacional en su más amplia perspectiva.

Somos por ley fatal de la naturaleza una encrucijada por donde desfilan todas las civilizaciones del mundo. El estrecho contacto con ellas nos va dejando, a lo largo de la duración, hábitos, costumbres y normas de vida que tenemos por nuestras en una cuantía mayor de lo que razonablemente sería de desearse que lo fuera. Así, nos va cautivando la engañosa ilusión de ser lo que en realidad no somos, o, por lo menos, no nos conviene que lo seamos. Al mismo tiempo, del fondo de la historia política y social del país emergen aspiraciones y sentimientos más o menos tenues, más o menos vivos e impetuosos, según las circunstancias, en los cuales es preciso hallar los fundamentos morales de la nacionalidad, determinantes, en gran parte, de la orientación que a ella debe dársele por medio de la cultura.

Con estos datos el problema que se confronta comienza a simplificarse considerablemente.

En términos escuetos sería éste: ¿Cómo armonizar lo universal de la cultura con las exigencias vitales de afirmación y de perduración que bullen en el fondo de la nacionalidad? ¿Cómo la tónica de aquélla podría ostentar, a la vez, un carácter científico, técnico, filosófico, literario, artístico y específicamente nacionalista, en una dirección centrípeta?